

## COMPENDIO

DE LOS SERMONES CONTENIDOS  
en este Tomo de Adviento.

**SERMON EN LA FIESTA DE TODOS  
los Santos, sobre el premio de los  
Santos, pag. 13.**

**A** Sunto. *Regocijaos, y haced demostraciones de alegría, porque os aguarda un premio grande en el Cielo.* Jesu-Christo en estas palabras nos propone la gloria celestial como premio; y en eso mismo nos dá á conocer que podemos amar y servir á Dios por interés, con tal que nuestro interés no sea servil, sino Christiano. No se puede hacer mas cabalmente juicio de la excelencia y de las ventajas de este premio, que cotejándole con los premios del mundo. Y este es el asunto de este discurso, pag. 13.

**Division.** El premio de los Santos es un premio seguro; y los premios del mundo son inciertos y dudosos. 1. parte. El premio de los Santos es abundante; pero los premios del mundo son vapores y defectuosos. 2. parte. El premio de los Santos es eterno; y los premios del mundo son caducos y perecederos, p. 14.

**1. Parte.** Los premios del mundo inciertos y dudosos; y al contrario el premio de los Santos es un premio seguro. Las pruebas son tomadas de dos lugares de San Pablo: *Yo sé, decía, quien es aquel á quien he fiado mi deposito; es decir, el caudal de merecimientos que procuro adquirir; y estoy cierto de que me le puede guardar hasta aquel día grande en que cada uno ha de recibir segun sus obras. Yo he concluido mi carrera, añadía el Apostol, no me resta sino aguardar la corona de justicia que el Señor me dará como*  
-ANA Juez

*Juez justo, la qual guarda á todos los que le sirven, pag. 16.*

Así podemos y debemos decirnos á nosotros mismos: *Scio cui credidi.* Yo no sé si he de merecer la gloria que Dios prepara á sus escogidos; pero sé que la tendré si la merezco. Yo no estoy seguro de mí, pero estoy seguro del Dios á quien sirvo, porque estoy seguro de su bondad, de su fidelidad, de su poder. Los Santos estaban seguros de esto, y esta seguridad mantenía su zelo y su fervor, p. 17.

Un mundano no puede hablar así del mundo y de sus premios, antes muchas veces debe decir todo lo contrario; yo sé que respecto del mundo he hecho todo mi deber; pero no sé si me tendrá buena cuenta con el mundo. Estoy seguro de mí, pero no lo estoy de los que tienen las gracias en su poder, y las distribuyen. Puede decir en un sentido del todo opuesto al de San Pablo: *Scio cui credidi;* sé que tal es el mundo, y el poco caudal que se ha de hacer de él. Pues no tener nada sobre que pueda estrivar, es lo que aflige al mundano y le desconsuela, p. 18.

Tres causas de la incertidumbre de los premios del mundo. Porque hay méritos que los hombres no conocen; 2. Porque hay méritos que no agradan á los hombres, aunque los conozcan. 3. Porque hay méritos que los hombres estiman, y aún les hacen fuerza, pero no los premian porque no pueden, p. 18.

**1. Méritos que los hombres no conocen;** cuántos hay perdidos en el mundo por este solo principio? Pero Dios conoce todos los merecimientos. Conoce los de menos lustre, como los de mas esplendor; motivo de consuelo para los humildes. Conoce hasta nuestras intenciones y deseos; motivo de consuelo para los de pocas fuerzas. Conoce nuestras acciones por ligeras que sean; motivo de consuelo para los pobres. Conoce en qualquiera accion todo su valor, y proporciona el premio con él; motivo de consuelo para las almas fieles y fervorosas. Respecto del mundo no hay mérito que el tiempo no borre, pero Dios nada olvida, p. 19.

**2. Méritos que no agradan á los hombres;** aunque los conozcan; sea por estar enagenados los corazones, sea  
por



por ser opuestos los intereses, sea por emulación. Mas como Dios aborrece necesariamente el pecado, no puede dexar de amar el merecimiento de las obras christianas, y amándole no puede dexar de coronarle, p. 21.

3. Méritos que los hombres no premian porque no pueden. Ni son bastantemente ricos, ni poderosos. Por el contrario, no hay nada que sea sobre el poder de Dios que es infinito, p. 22.

Estamos pues seguros de parte de Dios. De donde sacaba David esta santa conclusion: *Que es mejor confiar en el Señor; que en los hombres y en los Principes de la tierra,* pag. 23.

No es esto decir que no se puede, y no se debe servir á los Principes y Señores del siglo: pero ¿con cuánta mayor razon debemos servir á Dios? Y si con tanto ardor deseamos unos premios, que por tantas razones nos pueden faltar, inescusables somos en no hacer nada para este premio soberano que Dios nos asegura, ibi.

2. Parte. Los premios del mundo son vacíos y defectuosos; al contrario el premio de los Santos es abundante. Porque lo 1. es un premio que excede, ó iguala á nuestros servicios. Lo 2. basta por sí mismo para hacernos cabalmente felices. Dos propiedades, de las quales ninguna conviene á los premios del mundo, p. 24.

1. Premio que excede todos nuestros servicios. ¿Qué es lo que cada dia no se hace por las fortunas del mundo? Pero al llegar á tenerlas, ¿con cuántas experiencias no se reconoce su vanidad y su nada? Mucho trabajo, y poco fruto, p. 26.

Pero el menor grado de la gloria de los Santos excede incomparablemente todo lo que emprendieron y padecieron por Dios. Esto es lo que le hacia decir á San Pablo, que todos los trabajos de esta vida no son dignos de la gloria que Dios nos prepara. Venid, se le dixo al siervo fiel en el Evangelio: *Vos habeis sido fiel en lo poco, entrad en el gozo de vuestro Señor;* porque el gozo de nuestro Dios es demasiado grande para entrar en vos, p. 27.

2. Premio capaz por sí mismo para hacernos perfectamen-

mente felices. ¿Se vén en el mundo grandes y ricos que estén contentos? ¿No forman continuamente nuevos deseos, porque no hallan nada en los bienes ni en las honras del mundo, que llene su corazon? p. 28.

Pero Señor, exclamaba David, *yo me bartaré, quando me manifestáreis vuestras glorias.* La misma fé nos lo enseña, y no debemos extrañarlo, supuesto que Dios, ó la posesion de Dios ha de ser el premio de los Santos, p. 29.

Un modo claro de hacer de antemano juicio de esta verdad es, que en efecto desde esta vida vemos hombres que se tienen por dichosos, y en efecto lo son con no poseer sino á Dios, y con estrecharse únicamente con él. No vemos ricos contentos con sus riquezas, ambiciosos contentos con sus fortunas, sensuales contentos con sus deleytes; y vemos pobres evangélicos contentos con su pobreza, humildes contentos con sus desprecios, Christianos crucificados y muertos al mundo, contentos con sus rigores y con sus cruces, p. 32.

¿Qué union interior no he experimentado yo mismo Señor en algunos tiempos, en los quales Vos desterrabais de mi corazon todos los vanos deleytes, para entrar en él en su lugar! *Et intrabat pro eis.* Pues si Dios llena así nuestro corazon en la tierra, ¿qué será en el Cielo? ibi.

3. Parte. Los premios del mundo son caducos y perecederos; y al contrario el premio de los Santos es eterno. Los Athletas corren el campo de la lucha, y pelean; ¿mas por qué? Por una corona corruptible; pero si nosotros trabajamos, decia el Apóstol, es por una corona inmortal, p. 33.

En efecto todos los premios del mundo son pasajeros, ¿cuántas fortunas hemos visto dar en tierra? ¿cuántas caen aún cada dia? ¿cuántos de los que nos parecen que están mas bien puestos caerán? A lo menos todas se acaban en la muerte. ¿Pues no debe bastar esto para desasirnos de ellas? Si los mas ansiosos de los premios del mundo hubieran podido preveer lo que habia de sucederles, tan lejos estuvieran de solicitarlos con tanta ansia, que no hubieran recabado de sí mismos, ni aún el hacer solamente



una parte de lo que hicieron, y tomar tanto trabajo por bienes de tan poca dura, p. 34.

Solo el premio de los Justos no pasa, porque consiste en Dios que no se puede mudar. El destino de los escogidos de Dios es eternidad de poder, eternidad de dicha, eternidad de gloria, p. 36.

Vemos desde ahora un rayo de esta gloria en el culto perpetuo que la Iglesia dá, y dará hasta el fin de los siglos á los Santos. Para esto se instituyeron sus fiestas, y se renueva cada año la memoria de sus virtudes, p. 37.

¿Podemos estimar bastantemente este premio de los Santos? Infelices de nosotros, si nuestro premio es para este mundo, y nuestros nombres no están escritos sino en la tierra. Al contrario, aunque fuésemos los mas desgraciados de los hombres segun el mundo, si nuestros nombres están escritos en el Cielo, consolémonos, y digámonos con el Apóstol: *Un instante de tribulacion, y de tribulacion ligera me será causa de un peso eterno de gloria*, p. 38.

Esta es la esperanza con la qual los Santos triunfaron del mundo. ¿Por qué no los imitamos? ¿Por qué no consideramos como ellos esta bienaventurada inmortalidad á que ellos aspiraban? Pues en vano celebramos sus fiestas, en vano los invocamos, é imploramos su socorro, si no seguimos sus exemplos, p. 39.

Peticion á los Santos para implorar su proteccion, p. 40.  
Pero en lo restante asegurados de su proteccion, vivamos como ellos, si queremos ser glorificados como ellos, ibi.  
Razonamiento al Rey, p. 41.

## SERMON PARA EL DOMINGO

primero de Adviento, sobre el juicio

postrero, pag. 44.

**A** Sunto. Entonces verá al hijo del hombre, que vendrá sobre una nube con gran poder, y magestad. No se le

atribuye en el Evangelio el término de Magestad á Jesu-Christo, sino quando se habla del juicio universal; y es digno de repararse, que el Hijo de Dios no tomó la calidad de Rey sino en dos ocasiones. La 1. En su Pasion quando compareció ante Pilatos. 2. En la descripcion que nos hizo del mismo juicio. Tan propio es de los Monarcas y Soberanos el juzgar. Por lo demás, si es propio de los Reyes juzgar los pueblos, es propio de Dios juzgar á los Reyes: y este juicio, al qual serán llamados sin distincion los Reyes y los pueblos, es la importante materia de este discurso, ibi.

*Division.* Dios, dice Tertuliano, tiene de sí mismo el ser misericordioso, y de nosotros el ser justo. Si es severo en sus juicios, procede de nosotros esta severidad: y al juzgarnos, por nosotros mismos nos ha de juzgar. Hay pues especialmente en nosotros dos cosas que ha de sacar contra nosotros; nuestra fé, y nuestra razon. Se valdrá de nuestra fé para juzgarnos como á Christianos. 1. Parte. Se valdrá de nuestra razon para juzgarnos como á hombres. 2. P. p. 46.

1. Parte. Dios se valdrá de nuestra fé para juzgarnos. La fé misma de los paganos entrará en el juicio que hará Dios de los Christianos, es decir, segun el pensamiento de Tertuliano, que Dios confundirá la frialdad y tibieza de los Christianos en servirle con el zelo de los paganos por sus falsos Dioses. Pues si de esa suerte ha de servir la fé de los paganos para juzgarnos, ¿qué será de nuestra propia fé? Nos juzgará Dios por ella. 1. Sea que la hayamos conservado. 2. Sea que en nuestro corazon la hayamos renunciado y abandonado, p. 47.

Suponiendo en primer lugar, que hemos conservado la fé, por ella nos juzgará Dios; ¿cómo? 1. Porque nuestra fé nos acusará delante de Dios. 2. Porque nuestra fé servirá de testigo contra nosotros en el tribunal de Dios. 3. Porque nuestra fé dictará por sí misma la sentencia de nuestra condenacion, si somos reprobados de Dios, p. 48.

1. Nuestra fé nos acusará delante de Dios. El mismo Jesu-Christo nos enseña esto: *No juzgueis que yo os he de acusar delante de mi Padre: tenéis quien os acuse, que es Moysés.* Pues diciendo á los Judios que Moysés, esto es, la



ley de Moysés les había de acusar en el juicio de Dios, ¿no nos decía á nosotros, que somos Christianos, que es el Evangelio el que nos ha de acusar? San Pablo nos enseña la misma regla, quando hablando con los Romanos les dixo, que en el juicio postrero los pensamientos de los hombres se acusarán, y se defenderán mutuamente, ibi.

2. Nuestra fé servirá de testigo contra nosotros en el tribunal de Dios. Como los justos la habian honrado con sus obras, ella les dará testimonio por testimonio: y al contrario, porque los pecadores la habian desmentido en la práctica y en sus acciones, ella les dará testimonio contra testimonio. Tú creías en un Dios, le dirá al pecador, pero no te aplicaste á servirle, p. 50.

3. Nuestra fé dictará la sentencia de nuestra condenacion, si somos reprobados de Dios. Todas estas maldiciones del Evangelio: *Ay de vosotros ricos, ay de vosotros hipócritas, ay del mundo*, y las demás que al presente son solamente amenazas, se convertirán en otras tantas sentencias definitivas. Y este es el sentido de aquella sentencia de San Juan, *el que cree no será juzgado*. ¿Por qué? Porque está ya juzgado totalmente, p. 51.

Mi fé me juzgará: pensamiento eficaz, pero especialmente terrible. Esta fé tan santa condenará mi vida delinvente. Juez que no estará en mi mano recusarle. La Cruz de Jesu-Christo, que es el compendio de las verdades de la fé, se me pondrá delante, y Dios para mi perdicion se valdrá hasta del instrumento de mi salvacion. Esto es lo que no pensamos ahora, pero esto es lo que nos llenará de horror entonces. Ahora nuestra fé está enfermiza y casi muerta, pero Dios la avivará y la resucitará con nosotros. Pues esta fé avivada y resucitada pedirá justicia: ¿contra quién? Contra nosotros mismos, p. 52.

Peró si acaso hemos perdido la fé, y hemos caido en la infidelidad, ¿nos juzgará Dios en ese caso por la fé? Sí, y seremos juzgados entonces como desertores de la fé. Porque despues de haberla abrazado no nos era lícito abandonarla. Un pagano no será juzgado así, porque jamás tuvo la fé; al contrario un hombre sujeto por el bautismo á la

ley

ley Christiana, y hecho apóstata, hallará su juicio en su apostasia, p. 54.

Y no se debe decir, que Dios nos ha hecho libres en la profesion de nuestra fé: porque esta libertad no es tanta, que podamos renunciar la fé quando nos pareciere! Nos pedirá Dios cuenta de ella; ¿y qué tendremos que responderle? Especialmente quando nos haga ver, cómo esta fé convenció á un mundo entero, cómo dexamos nosotros su partido, y cuáles fueron las dos verdaderas causas de nuestra infidelidad, conviene á saber, la libertad del entendimiento, y la soltura del corazon, p. 58.

Apeláremos á nuestra razon, pero nuestra misma razon nos condenará hasta en la pérdida de nuestra fé. Por otro lado, ¿qué somos nosotros para querer entrar con Dios en disputa? ¿Y qué suceso podemos esperar? No obstante, este es el recurso de un hombre reo, y licencioso. Quiere ser juzgado por su razon, y así tambien á este tribunal será presentado, p. 59.

2. Parte. Dios se valdrá de nuestra razon para juzgarnos. Independientemente de la fé tenemos una razon que nos gobierna. Razon obscurecida por el pecado, pero no obstante siempre con bastante luz para regirnos con la ayuda de la gracia. Pues ya la consideremos en su pureza y en su integridad, esto es, en el estado de gracia despues del bautismo; ya la consideremos en su corrupcion, esto es, en el estado á que con nuestros desórdenes la hemos reducido, es cierto que Dios para juzgarnos se valdrá igualmente de sus conocimientos naturales, y de sus errores, p. 60.

Dios nos juzgará por la razon resta. 1. Nosotros la atropellamos al descubierta, y Dios hará que se levante contra nosotros. 2. Nosotros no la queremos escuchar, y Dios hará á nuestro pesar que la oigamos. 3. Nosotros nos formamos pretextos para atraer esta razon al partido de nuestra pasion, y Dios los desvanecerá, y nos descubrirá lo que en este punto se nos escondia mas á nosotros, ibi.

1. Nosotros pecamos al descubierta contra las luces de nuestra razon, y esto es lo primero por donde Dios nos juz-

juz-



juzgará. Porque al fin le dirá Dios á un licencioso, vos os preciabais de la razon; ¿pero vuestra vida ha sido una vida racional? Esas impurezas, esas licencias, esas violencias, esas injusticias; ¿era todo eso conforme á razon? Y ved ahí el pensamiento que inquietaba á San Agustín en su pecado y en sus gustos desordenados, p. 61.

2. En muchas ocasiones no queremos escuchar nuestra razon, y Dios nos forzará á oirla. Lo que nos estorba ahora el estar atentos á su voz, es el ruido de nuestras pasiones, y los objetos que arrebatan nuestros sentidos. Pero en el juicio de Dios estarán las pasiones apagadas, y no tendremos los mismos objetos en que derramarnos, p. 63.

3. Nosotros nos formamos mil pretextos para atraer nuestra razon á los intereses de nuestra passion. ¿Mas qué hará Dios? Confundirá todos estos pretextos, valiéndose de sus propias luces, y de las luces mismas de nuestra razon, para hacernos ver los verdaderos motivos que nos hicieron obrar: la envidia, la venganza, el interés, la hipocresía, la soberbia, p. 64.

Si nuestra razon estuvo errada, Dios nos juzgará tambien por ella; ¿y cómo? No precisamente por nuestra razon engañada, sino lo 1. por nuestra razon engañada sobre algunos artículos, habiendo sido muy advertida sobre otros. 2. Por nuestra razon engañada, en algunos tiempos de la vida, despues de haber sido tan avisada en otros. De la rectitud de razon, que habremos tenido. 1. En los otros negocios que no nos tocaban. 2. A ciertos tiempos en que no estamos dominados de la passion, sacará Dios pruebas invencibles para condenarnos, p. 65.

Conclusion: debemos servirnos de nuestra fé y de nuestra razon para juzgarnos á nosotros desde esta vida, para que Dios no nos juzgue; entrar dentro de nosotros mismos, y conocernos desde ahora, para que esta vista de nosotros mismos no nos perturbe en la muerte, ni despues de la muerte. Porque si la vista de nosotros mismos nos dá al presente tanta pena, ¿cómo nos atormentará en el juicio de Dios? Esto es lo que infundió horror á los Santos.

De-

Deprecacion para pedir á Dios, que en ese dia grande en que hemos de comparecer delante de él, nos defienda de nosotros mismos, esto es, de nuestra fé; y de nuestra razon; porque esto es lo que tenemos especialmente que temer, p. 67.

SERMON PARA EL DOMINGO  
segundo de Adviento, sobre el escán-  
dalo, pag. 71.

**A** Sunto. *Jesu-Christo les respondió: Id, y decid á Juan lo que habeis visto, y oído. Los ciegos ven, y los sordos oyen, los difuntos resucitan, y bienaventurado, el que no se escandalizáre de mí.* Despues de tantos milagros ¿no es asombro que Jesu-Christo haya sido motivo de escándalo para el mundo? Este mundo impio y profano se escandalizó de su persona, de su doctrina, de su ley, de su Cruz, de su muerte. No obstante, demostre la gloria á Dios. Al fin, este escándalo ha cesado. Jesu-Christo ha triunfado del mundo, su doctrina ha sido recibida, y su Evangelio ha prevalecido. Pero si nosotros no nos escandalizamos yá de Jesu-Christo, escandalizámos á Jesu-Christo escandalizándolo á nuestros hermanos, que son miembros suyos. Y este es el escándalo de que habla este discurso, ibi.

*Division.* Jesu-Christo decía: *Bienaventurado el que no se escandalizáre de mí;* y con una consecuencia del todo opuesta hemos de inferir de nosotros, que es infeliz el que escandalizando al próximo escandaliza al mismo Jesu-Christo. 1. Parte. Pero infeliz al doble el que causa el escándalo, teniendo obligacion especial de dar exemplo. 2. Parte, p. 72.

1. Parte. Infeliz el que causa el escándalo. 1. Porque es homicida delante de Dios de todas las almas que escandaliza. 2. Porque se carga de todos los pecados de los que escandaliza, p. 74.

Qual-



1. Qualquiera que es autor del escándalo es homicida de todas las almas que escandaliza, segun todos los principios de la fé. Pecado monstruoso, pecado diabólico, pecado contra el Espiritu Santo, pecado esencialmente opuesto á la redencion de Jesu-Christo, pecado de que singularmente tendremos que dar cuenta á Dios; mas sobre todo, pecado tanto mas peligroso, quanto se cae en él muchas veces, sin tener intencion de cometerle, y consiste en muchas cosas de que no se suele hacer escrupulo, p. 75.

Pecado monstruoso; porque ¿qué horror el causar la muerte á un alma? Aunque fuera el mas vil de los hombres el que escandalizais, siempre es un alma preciosa en los ojos de Dios, y un alma á la qual quitais una vida sobrenatural y divina, ibi.

Pecado diabólico; porque segun el Evangelio el carácter particular del demonio es el de haber sido homicida de las almas desde el principio del mundo, ibi.

Pecado contra el Espiritu Santo, porque hace guerra directamente á la Caridad, y el Espiritu Santo es personalmente la Caridad misma. Si es contra Caridad quitarle al hombre su hacienda, su crédito, su reputacion, ¿qué será hacerle perder su salvacion eterna? Quitadle todo lo demás, pero á lo menos guardad su alma: *Verumtamen animam illius serva*, p. 78.

Pecado esencialmente opuesto á la redencion de Jesu-Christo, pues hace que perezca lo que Jesu-Christo vino á salvar; esto es lo que tan fuertemente representaba San Pablo á los Corintios; y lo que les decia á ellos, se os puede con razon decir á vosotros: *¿Qué, habeis de hacer que perezca vuestro hermano, por el qual murió Jesu-Christo?* p. 79.

Pecado del qual nos tomará Dios mas rigurosa cuenta en su juicio: *Ipse impius in iniquitate sua morietur. Sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* Esta amenaza nos hace Dios por su Profeta. Este hombre, impio y licencioso por el escándalo que le disteis, morirá en su maldad, y será reo de ella; pero vos, que habeis sido causa de su-

perdicion, sereis mas culpable en mis ojos, y me dareis cuenta de su alma, p. 81.

Pecado en que cada dia se incurre, aun sin querer cometerle. No es necesario para hacerme reo en este punto, tener el designio de escandalizar á mi hermano; basta hacer lo que le escandaliza, y advertirlo. No le vale á una muger el decir: yo no busco en estas conversaciones libros, y en estos adornos inmodestos sino el divertirme, ó satisfacer mi vanidad, pero no quiero fomentar la pasion de este hombre; porque sin querer fomentarla la fomenta, y por eso el escándalo que le dá, respecto de ella es pecado y pecado grave, p. 82.

Por eso este homicidio de las almas consiste muchas veces en cosas muy ligeras en la apariencia. Todo esto, decís, es inocente; y llamais inocente lo que condena al próximo? ¿Discurrió así San Pablo? *No, no (decia) si este manjar que puedo licitamente comer es ocasion de caída para mi hermano, no le comeré jamás*, p. 84.

2. Qualquiera autor del escándalo se hace delante de Dios reo de todos los delitos de los que escandaliza. Pongo, por exemplo, ¿Qué abysmo! ¿un mal consejo de cuántos pecados no es origen? Pues al darle tomais por vuestra cuenta todas esas conseqüencias, p. 85.

Mas los pecados (diréis) son personales: es verdad hablando de los demás pecados, y no del escándalo; porque el escandaloso peca por sí, y por el otro. Mas yo no he conocido estos pecados: basta que hayais conocido su principio, y que hayais tenido motivo para temer sus funestos efectos; y ved ahí la razon de pedirle David á Dios, que le perdonase dos suertes de pecados: los pecados ocultos, *ab occultis meis munda me*; y los pecados agenos, *& ab alienis parce servo tuo*, p. 86.

Oracion santa, que especialmente debieran hacer ciertas mugeres dadas al mundo; oracion que fuera desde luego el principio de su conversion. La conversion de un alma escandalosa es un gran milagro; pero todo lo esperamos de la gracia. Por ventura está Dios viendo alguna de ellas, que se aprovechará de este discurso; y quando con-



él no se ganará mas que una sola para Dios, bastára para que fuese su suceso feliz, p. 88.

2. Parte. Infeliz al doble el que causa el escándalo, teniendo obligacion de dar exemplo. No hay hombre que no deba al próximo el buen exemplo; pero en eso mismo hay obligacionés, que en el trato humano tenemos los unos con los otros. Tales son 1. las de un padre respecto de sus hijos: 2. De un Señor respecto de sus domésticos: 3. De los Sacerdotes y Ministros del altar respecto del rebaño de Jesu-Christo: 4. De los que por su profesion están dedicados al servicio de Dios respecto del público: 5. De los fuertes en la fé, quiero decir, los Católicos respecto de los flacos; esto es, de nuestros hermanos que están separados de nosotros por el cisma, ó recientemente reunidos. Infeliz, pues, especialmente el hombre que es causa del escándalo, quando tiene especial obligacion de dar exemplo, porque en este caso el escándalo es mas contagioso, y sirve mas para los fines de la impiedad, p. 90.

1. ¿Qué tal es el delito de un padre, que escandaliza y estraga á sus hijos? Debía instruirlos en lo bueno, y los tuerce ácia lo malo. Pues este carácter ¿á cuántos padres no conviene? Tal es por la misma razon el escándalo de una madre dada al mundo, respecto de una hija á quien inspira todo el espíritu del mundo con su porte, quando por otra parte en sus conversaciones la dá tan buenas pero tan vanas lecciones de una vida ajustada y de virtud, p. 92.

2. ¿Qué tal es el delito de un Amo que empeña á sus domésticos en sus disoluciones, y los hace cómplices de sus maldades? San Pablo trataba á un Amo poco vigilante, de infiel y apóstata: ¿qué dixera de un escandaloso? Vuestra casa, muger, si todavia sois Christiana, debía ser una escuela de recato para esa doncella que os sirve; pero aprende á perder su honestidad. Sin pasar tan adelante, ¿qué no hacen vuestros exemplos solos en vuestros domésticos, quando menos lo pensais y menos lo queréis? Creer que podeis ocultarles vuestros desórdenes, es engaño. Quantos hay en vuestra casa son otros tantos testigos y censores,

que os acechan, y os hacen toda la justicia que mereceis,

p. 93. ¿Qué tal es el delito de los Ministros del Señor, que profanan las funciones mas santas, y hacen sobresalir el escándalo de su vida aún en su mismo ministerio? Esto es lo que concitaba contra ellos la indignacion de Dios: Yo os habia puesto para edificar, y para ser guías de mi pueblo; pero vosotros os habeis descaminado, y habeis descaminado á otros muchos con vosotros. Por esto, concluia el Dios de Israel, os he hecho viles y despreciables. ¿Qué cosa mas digna de desprecio que un Sacerdote escandaloso? ¿No es él de quien el mundo sabe servirse tanto? No obstante eso, ay del mundo que se forma un escándalo, no absolutamente de Jesu-Christo, sino de Jesu-Christo en la persona de sus Ministros. Porque lo 1., el Salvador del mundo nos predixo este escándalo, para que no nos cogiese desprevenidos: 2. Nos mandó óírlos, y no imitarlos, p. 95.

4. ¿Qué se ha de decir de los que llamamos fuertes en la fé, porque nacieron y se criaron en el seno de la Iglesia Católica? Tienen escusa, quando en lugar de servir, ó para volver al camino á nuestros hermanos perdidos, ó para fortalecer á nuestros hermanos que se han reunido á la Iglesia, sirven con sus exemplos para alejar mas á los unos, y sumergir mas á los otros en su primera ceguedad? Porque esto es lo que nuestros escándalos hacen, y lo que naturalmente han de hacer. Pero vivamos bien: nuestra vida tendrá mas eficacia contra el error, que todas nuestras palabras, p. 98.

5. ¿Qué se ha de decir de los que hacen profesion de virtud, quando dexan que en su virtud se introduzcan y se noten algunos defectos que desacreditan la misma virtud? El mundo es el primero en escandalizarse de ellos. Muchas veces es con injusticia, yo confieso que el mundo es un juez muy severo para con los virtuosos: pero quanto mas severo es, tanto mas ajustados y exactos debemos ser nosotros, p. 99.

El fruto de este discurso es: 1. Guardarnos de los es-



cándalos que nos puedan dar. 2. Que no nos los demos nosotros. Este aviso habla especialmente con los que Dios ha elevado en el mundo, cuyos exemplos tienen mas eficacia. ¡Ah! Señor, ¡que no pueda yo hacer aquí lo que harán vuestros Angeles en el fin de los siglos! ¡Que no pueda yo como ellos recoger, y echar todos los escándalos de vuestro reyno! p. 101.

## SERMON PARA EL DOMINGO

tercero de Adviento, sobre la falsa

conciencia, p. 103.

**A** Sunto. *Los Judios disputado de la Synagoga dixeron á San Juan Bautista: ¿Quién eres tú, para que podamos responder á los que nos han enviado? ¿qué dices de tí mismo? Yo soy,* respondió, *la voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, y enderezadle.* No era pequeña gloria de San Juan haber sido escogido de Dios para disponer en las almas y en los corazones de los hombres el camino del Señor, cuya venida anunciaba. Lo que se intenta saber es, cuál es este camino santo por donde el Señor ha de venir á nosotros: y nosotros hemos de ir á él. Se trata juntamente de saber, cuál es el camino opuesto para apartarnos de él: y esto hemos de examinar en este discurso, ibi.

*Division.* Los caminos del Señor son nuestras conciencias, pues por ellas buscamos al Señor, y le hallamos. Pues para prepararle este camino debemos preservarnos del desorden de una conciencia falsa. Falsa conciencia, facil de formarse, 1. parte. Falsa conciencia, peligrosa de seguirse, 2. parte. Falsa conciencia, excusa frívola para justificarse delante de Dios, 3. parte, p. 104.

1. Parte. Falsa conciencia, facil de formarse. Tenemos fuera de la ley de Dios por regla de nuestras acciones la conciencia: y la conciencia, dice Santo Tomás, es la apli-

ca-

cación que cada uno se hace á sí mismo de la ley divina. Pues cada uno de nosotros se la aplica á sí mismo segun las disposiciones de nuestro corazón. Por eso, aunque ella por sí misma es pura, invariable, é irreprehensible, toma tantas formas diferentes, quantas son las diferencias de los entendimientos: y ese es el origen de nuestros errores, p. 106.

9. Mas claro. Para obrar es necesario formar conciencia; y todo lo que no es segun la conciencia, (dice el Apóstol) es pecado. Mas no por eso está esento de pecado todo lo que es segun la conciencia: porque hay conciencia no recta, hay conciencia falsa. Pues es muy facil formar una conciencia tal: 1. En todos los estados del mundo en general. 2. En las condiciones mas elevadas del mundo particularmente. 3. Sobre todo, en la Corte, p. 107.

Se forma en todos los estados del mundo una conciencia falsa facilmente, porque se forma una conciencia, ó segun los deseos, ó segun los intereses. Falsa conciencia facil de formarse, sin mas razon que formarse segun los deseos: porque todo lo que queremos, dice San Agustín, por malo que sea, nos parece lícito; y aún bueno. Y tal es el dominio que toma nuestro corazón sobre nuestro entendimiento. Por esto el Profeta al hablar de los errores del impío, añade comunmente que los concibió en su corazón: *Dixit impius in corde suo.* ¿Pues qué cosa mas natural, y de consiguiente mas facil, que formarse una conciencia segun su corazón? Sierva de exemplo un hombre dominado de una pasión; la querrá concordar con su conciencia, p. 109.

Falsa conciencia no menos facil de formarse en todos los estados, porque se forma segun los intereses. Quando no se trata de nuestro interés, tenemos una conciencia recta, y nos declaramos al descubierto por la doctrina mas estrecha: pero en empezando á tener interés, empezamos á ver muy de otra suerte las cosas. Lo que nos parecía muy relajado no nos parece tan ancho ya, y hallamos en ello un buen sentido. De ahí nace que tengamos una conciencia exacta para los demás, pero no para nosotros. Si hablá-

7a



ra de las obligaciones del que posee un beneficio, todos los que no tienen interés en eso, porque son de otro estado, vendrán en quanto dixere; pero si paso á ellos, y á sus estados, al punto se pondrán en defensa, y se levantarán contra mí, p. 112.

2. Falsa conciencia mas fácil de formarse aun en las condiciones mas elevadas, y entre los Grandes: sea porque tienen intereses mas dificultosos de concordarse con la ley de Dios, y la política les enseña las máximas mas peligrosas en ese punto; ó sea porque quanto los cerca sirve para engañarlos: lisonjeros interesados, falsos consejeros, p. 115.

3. Sobre todo, falsa conciencia fácil de formarse en las Cortes de los Príncipes: porque las pasiones en la Corte son mas ardientes, los deseos mas vivos, y los intereses mayores: de ahí nace el seguirse en la Corte una doctrina particular, ser tantos los que en la Corte se pervierten, y que haya poco que fiar de la conciencia de un cortesano, p. 116.

Deprecación á Dios para pedirle que no nos entregue á la violencia de nuestros deseos, ni permita que nuestros intereses nos dominen, p. 117.

2. Parte. Falsa conciencia peligrosa de seguirse. Todo error es peligroso, especialmente en materia de costumbres; pero no hay error mas perjudicial, que el que se apoya en la misma regla de las costumbres, que es la conciencia: porque con una conciencia falsa, no hay mal que no se cometa. 2. Se comete libremente, y con sosiego. 3. Se comete sin recurso, y sin esperanza de remedio, p. 118.

1. Con una conciencia falsa, no hay mal que no se cometa: ¿A qué extremo no llega un ambicioso, que de sus falsas máximas ha formado su conciencia? ¿Adónde no llega un sensual, un vengativo? ¿Qué hicieron los Judios? Crucificaron á Jesu-Christo. ¿Y qué no hacemos nosotros cada día? El justo y el inocente es oprimido: somos exactos, y aun escrupulosos en las observancias mas ligeras, y quebrantamos lo mas indispensable de la Religion, es á

saber, la justicia, la misericordia, y la fé, p. 119. ¿Qué es una falsa conciencia? Un abismo inagotable de pecados, responde San Bernardo: un mar profundo y anchuroso; en que segun la Escritura hay innumerables sabandijas. Estas nos denotan la sutileza con que el pecado se insinúa en una conciencia falsa; y el ser sin número nos denota la infeliz fecundidad con que se producen en ella. Porque allí se engendran todas suertes de monstruos; envidias, odios, murmuraciones, calumnias, perfidias, deseos carnales, lascivias, p. 121.

2. Con una conciencia falsa se comete el mal libre y tranquilamente: libremente, porque no halla un ópouiccion en sí mismo: tranquilamente, porque no siente inquietud entonces, y la conciencia está de acuerdo con el pecador. Pues la paz en el pecado es el mayor de todos los males. San Bernardo distingue quatro suertes de conciencias: pero la mas digna de temerse es una mala conciencia en paz. Porque con una mala conciencia desasosegada hay aún algunas lucés, y por consiguiente principios de penitencia, y de conversión; pero en una mala conciencia tranquila todo es tinieblas, p. 122.

3. Por eso con una falsa conciencia se comete el mal sin recurso: porque el principal recurso del pecador es una conciencia recta y sana, que interiormente le condena: esto es lo que hizo volver en sí á San Agustin, su conciencia rebelada contra él mismo, p. 123. Así el Profeta queriendo obligar á Dios á que castigase las impiedades de su pueblo, no le decia: Humílladlos, confundidlos, arruinadlos totalmente, sino cegados; para dar á entender, que esta ceguedad era el mayor castigo del pecado; y por eso mismo yo digo lo contrario: Descargad, Señor, vuestra ira sobre todo lo demás; pero perdonad sus conciencias, no las cegueis: porque eso fuera reprobarlos desde esta vida, p. 125.

3. Parte. Falsa conciencia, excusa vana para justificarlos delante de Dios. Si nuestros errores fueran involuntarios y de buena fé, pudiera el pecador excusarse con su falsa conciencia. ¿Pero se halla siempre esta buena fé en la



falsa conciencia? A ser así, no le hubiera dicho á Dios David: *Señor, olvidad mis ignorancias pasadas*, p. 126.

Luego la ignorancia, y por consiguiente la falsa conciencia es uno de los mas frívolos pretextos, especialmente en el siglo en que vivimos. 1. porque es demasiada la luz que hay, para poderse suponer á un tiempo una conciencia errónea, y de buena fé. 2. Porque no hay conciencia falsa, que no pueda Dios desde ahora confundir con otra conciencia recta que hay en nosotros, ó que aún fuera de nosotros se levanta contra nosotros á nuestro pesar, ibi.

1. Hay mucha luz en nuestro siglo, y muchos medios de instruirse, para que se pueda suponer que se junte una conciencia errónea con buena fé. Si os hubierais querido aprovechar de estos medios, no se hubiera formado esa conciencia falsa. Pero los habeis despreciado, y esa negligencia os hace culpables, p. 129.

2. No hay conciencia falsa que Dios no pueda confundir con otra conciencia recta. 1. Por la de los paganos; porque ¿no es cosa estraña, que os permitais ahora, ó juzgueis, que os son permitidas muchas cosas que los paganos tuvieron por delito? 2. Por la vuestra; porque ¿qué contradiccion, ser tan perspicáz en lo que toca á los otros, y tan ciegos en lo que mira á vosotros? En aquellos primeros años, la pasión no os habia estragado aún: ¿pues de dónde ha venido esta mudanza? ¿Mereceis perdon de no haber mantenido tantos buenos principios, que debian servir de reglas todo el discurso de la vida? p. 130.

Para preservarvos ó para recobraros del daño de la falsa conciencia, acordaos de dos máximas principales: la una que el camino del Cielo es estrecho: la otra, que un camino estrecho jamás puede tener proporcion con una conciencia ancha, p. 132.

SER-

## SERMON PARA EL DOMINGO

quarto de Adviento, sobre la severidad

de la penitencia, pag. 134.

**A** Sunto. *El Señor puso su palabra en Juan, hijo de Zacarias, en el desierto; y fue por las orillas del Jordán, predicando un bautismo de penitencia para el perdon de los pecados.* La penitencia es una especie de bautismo, que nos lava de nuestros pecados, y nos purifica. El carácter de este bautismo, ó de la penitencia es el espíritu de severidad, como lo veremos en este discurso, ibi.

*Division.* Sin exáminar cuál deba ser la severidad de la penitencia de parte de los Sacerdotes Ministros de ella, ni entrar en las célebres disputas que se han excitado sobre esta materia, miramos aquí la penitencia respecto del pecador que la debe hacer, y se la debe imponer á sí mismo. Pues el principio importante, que debe ser alma y regla de la penitencia, es la severidad: severidad necesaria, y severidad suave. La penitencia tomada en orden á nosotros debe ser suave, 1. parte. Pero para que no se desalienten nuestros corazones, añadimos, que quanto mas severa es, tanto mas suave se hace la misma severidad, 2. parte, p. 135.

1. *Parte.* Severidad de la penitencia, necesaria. ¿Qué es penitencia? Es, dice San Agustín, un juicio que el hombre hace contra sí mismo, como delegado, y como que tiene el lugar de Dios; le hace en virtud de la comision que Dios le ha dado de juzgarse á sí mismo; le hace con la dependencia que un Juez inferior tiene de un Juez supremo. De donde debemos formar tres discursos, que nos convencerán de que nuestra penitencia debe ser severa. 1. El hombre en la penitencia hace el oficio de Dios al juzgarse á sí mismo: luego debe juzgarse con rigor. 2. El hombre en la penitencia se hace juez de sí mismo: luego

Tom. I. Adviento.

Ddd

go



go debe en sus juicios tomar el partido de la severidad. 3. Del juicio que el hombre hace de sí mismo hay apelacion á otro juicio superior, que es el de Dios: luego debe proceder con una equidad inflexible, p. 137.

1. El hombre en la penitencia hace el oficio de Dios; es decir (segun Tertuliano) que la penitencia tiene en nosotros las veces de la justicia y de la indignacion de Dios. Pues ¿cómo nos juzgará Dios en su indignacion? ¿Hay alguna proporcion entre la penitencia de un hombre del mundo y la justicia vengadora de Dios? Nuestra penitencia no debe ser admitida en el tribunal de Dios, si no es rigurosa, p. 138.

Para entender mejor este pensamiento, imaginémosnos que Dios ha hecho un pacto con nosotros, y nos ha dicho lo que expresamente nos significa el Apóstol: Juzgaos á vosotros mismos, y yo no os juzgaré. En lo qual podemos reparar la excelencia y dignidad de la penitencia, que de algun modo nos hace esentos de la jurisdiccion de Dios, p. 139.

Esto supuesto, debo hacer en mi penitencia lo que algun día Dios ha de hacer en su juicio. ¿Qué hará Dios? Una averiguacion exacta de toda mi vida; y esta debo yo hacer, presentándome en el tribunal de la penitencia, y acusandome; porque si me lisonjeo á mi mismo, si tengo el menor disimulo, mi penitencia es fantástica, porque no se conforma con el juicio de Dios. A la verdad Dios nos juzgará con muy diverso rigor; y á no ser esto así, ¿cómo fuera su juicio terrible? p. 140.

Por esto le pedia David á Dios como un favor especial, que no permitiese que su corazon consintiese jamás en aquellas palabras de malicia, y en aquellos pretextos que el demonio nos sugiere, para que nos sirvan de excusas. Y porque sabia que está lleno el mundo de aquellos falsos escogidos, que al tratar con Dios pretenden siempre que tienen la razon de su parte, este Santo Rey no queria tener comunicacion con ellos. ¿Quiénes son estos escogidos del mundo? Son, responde San Agustin, los pecadores que juzgan siempre á favor de sí mismos, y que jamás se im-

putan sus propios pecados, y esto hacemos nosotros, p. 143.

Digámosle antes á Dios como el mismo Profeta, confesándonos reos: *Sanad, Señor, mi alma, porque he pecado contra Vos.* No debo quejarme de mi natural, ni de mi complexion, ni del mundo, sino de mí mismo, p. 145.

2. El hombre en la penitencia se hace juez de sí mismo. Si hubieramos de juzgar á otros, no fuera necesario exhortarnos al rigor; porque somos muy inclinados á condenarnos. Pero como nos amamos á nosotros mismos, la penitencia ha de vencer en nosotros este amor propio, y no lo puede hacer sino con un santo rigor. Sin esto, ¿á qué engaños estamos expuestos? p. 146.

3. Hay apelacion del juicio que hacemos contra nosotros al tribunal de Dios; porque Dios en su juicio no solo juzgará nuestros delitos, sino nuestras justicias, y nuestras penitencias. ¿Pues de qué nos servirá el habernos perdonado tanto? ¿De qué nos servirá el haber buscado y hallado Ministros blandos? Nosotros nos juzgamos severamente, decia Tertuliano, porque sabemos que hay una justicia superior, que nos juzgará; si no nos juzgamos bien. Porque el Juez inferior, añade San Chrysóstomo, debe siempre juzgar segun el rigor de la ley, p. 147.

Severidad racional. ¿En qué consiste la severidad esencial de la penitencia? En reducirnos á los términos de la razon que Dios nos ha señalado: en obligarnos á hacer guerra, á cortar, á destruir en nosotros lo que nuestra razon condena, aunque nos pese. Esto es lo racional de la penitencia: tan racional, que vosotros sois los primeros en convenir en ello: tan racional, que vosotros mismos os escandalizárais si no se os pudiese: tan racional, que ninguna autoridad puede dispensar en ello, p. 149.

Dichosos nosotros, si percibimos bien esta verdad. Dichosos, si para vengar á Dios de nosotros mismos, y para vengarle bien, hacemos que se pase á nosotros toda su ira, de suerte que podamos decirle como David: *In me transierunt iræ tuæ*, p. 151.

2. Parte. Severidad de la penitencia, suave. Quando



nos fuera inútil la penitencia, (decía Tertuliano) quando fuera rigurosa sin mezcla de suavidad, mandándola Dios era preciso sujetarnos à ella. Però el mismo Tertuliano tuvo mucha razon para añadir, que la penitencia era en esta vida la felicidad del pecador; y yo llamo felicidad del pecador en esta vida: 1. Lo que produce en él la paz de la conciencia: 2. Lo que le llena del gozo del Espíritu Santo. Pues estos son los efectos de la penitencia severa, y ella sola tiene la virtud de producirlos, p. 152.

1. La penitencia exacta y severa es la que produce la paz: así lo experimentó la Magdalena, quando Jesu-Christo movido del fervor de su penitencia la dixo: *Tus pecados son perdonados, vete en paz*; Pero cómo puede la penitencia severa, que hace en nosotros el oficio de la justicia y de la indignación de Dios, darnos la paz? Porque con su severidad aplaca à Dios, y aplacándole nos restituye à su gracia; y restituyéndonos à la gracia de Dios, nos dá esperanzas de salir bien de sus juicios. Así hace con su severidad el oficio de la ira de Dios, pero mucho mas eficazmente que la ira del mismo Dios; porque la ira de Dios por sí sola castiga el pecado, pero no le destruye, como se vé en el infierno; mas la penitencia hace uno y otro, p. 154.

2. De esta paz interior nace un gozo santo, que es otro fruto de la severidad de la penitencia. ¿Quién le puede explicar? Es necesario sentirle para conocerle. Exemplo de San Agustin, p. 157.

Aseguradme, dice el mundano, esta suavidad de la penitencia, y yo me convertiré. Vos discurreis mal, replica San Bernardo. Nada de quanto yo os dixera hiciera impresion en un corazon tan sensual como el vuestro. Empeza à convencerlos à vos mismo haciendo penitencia, y sentireis su dulzura. Por otro lado, fíaos de las promesas de vuestro Dios. Si fuereis generoso, él será fiel, p. 158.

¿Mas no vemos à algunos que en su penitencia no experimentan sino sequedades? Sea así; ¿mas quién son estos? Los que no quieren hacer sino una penitencia falsa, es decir, una penitencia facil y acomodada. Y su testimonio

nos enseña bastantemente, que sola la penitencia severa puede tener esta uncion divina de que hablamos, p. 159.

Es un abuso creer que la severidad de la penitencia sirva de estorbo para hacerla: y el artificio mas peligroso de que se vale el enemigo de nuestra salvacion, para extrañarnos de los caminos de Dios, es representarnos la penitencia con ideas terribles, que nos ponen horror à ella. ¿Y qué sucede, quando aun entre los Ministros de Jesu-Christo algunos ponen todo su zelo en hacernos de ella pinturas que infunden miedo? Que de eso se vale el licencioso, y el floco se escandaliza. El licencioso se vale de eso con gran gozo de que le exagere las cosas, para tener algun fundamento para no hacer nada; y el floco se escandaliza cayendo de ánimo, y dexándose llevar de una secreta desesperacion, p. 160.

Però yo, mi Dios, mientras fiareis de mi el Ministerio Evangelico, anunciaré juntamente à vuestro pueblo, sin separarlas jamás, vuestra justicia y vuestra bondad: *Misericordiam & justitiam cantabo tibi*. Observando estas reglas, no temeré nada; y aun en la presencia de los Reyes hablaré como David sin empacho, p. 161.

Concluyo con el Precursor divino: *Haced penitencia, porque se acerca el Reyno de los Cielos*; es decir, porque la muerte llega, y llega presto. ¿Quántos están cerca de este ultimo termino? ¿Si hiciera yo que lo conocieran, dilatarán el convertirse? Pues lo que hicieran estos, ¿por qué no lo hacemos nosotros? ¿Tenemos algun resguardo contra la muerte? ¿Estamos seguros de que en la muerte hemos de hacer penitencia? ¿Quién nos dá seguridad de parte de Dios? ¿Quién nos la dá de nosotros mismos? ¿No deben hacernos temblar tantos exemplos como hemos tenido, y aun tenemos delante de los ojos? p. 164.



SERMON DEL NACIMIENTO  
de Jesu-Christo, p. 116.

**A** Santo. Luego que el Angel anunció á los Pastores el nacimiento de Jesu-Christo, se juntó con él un escuadrón de la milicia celestial, y empezó á alabar á Dios diciéndolo: *Gloria á Dios en el Cielo, y paz á los hombres en la Tierra.* Ved en dos palabras los dos frutos del Nacimiento del Salvador, la gloria para Dios, y la paz para los hombres. Pero el mundano soberbio y ambicioso, dice San Bernardo, no está contento con esta repartición. Además de la paz quisiera también la gloria. Tengamos horror á este sentimiento, y dexando á Dios la gloria, contentémonos con considerar este mysterio en orden á nosotros como un mysterio de paz, ibi.

*Division.* Jesu-Christo en su nacimiento es llamado por Isaías el Príncipe de la paz; y el Apóstol nos enseña, que la paz fue el fin de su venida. Por esto quiso este divino infante nacer en el reynado de Augusto, que fue el mas pacífico de todos. Pero esta paz exterior y temporal que gozaba el mundo entonces, solo servía para disponer nos á otra paz mas ventajosa y mas santa, que el Hijo de Dios nos traía del Cielo. La paz con Dios, 1.ª parte. La paz con nosotros mismos, 2.ª parte. La paz con el proximo, 3.ª parte, p. 167.

*1.ª Parte.* La paz con Dios. Como pecadores éramos enemigos de Dios, é incapaces por nosotros mismos de reconciliarnos con Dios. Necesitabamos de un mediador, que pudiese á un mismo tiempo satisfacer á la justicia de Dios, y alcanzarnos su misericordia. Pues esto hace Jesu-Christo, uniendo en su persona á Dios y al hombre, p. 170.

1. Vemos desde luego en este niño la misericordia de Dios encarnada y humanada: *La gracia de Dios*, dice San

Pablo, *apareció* en este mysterio, y se hizo sensible. Hasta entonces Dios solamente habia tenido *pensamientos de paz*, como dice el Profeta: pero hoy pasa á efectuarlos dándonos un Redentor, p. 171.

2. Pero no olvida Dios sus intereses: porque si vemos en el Redentor que nos dá la misericordia de Dios encarnada y humanada, vemos en él tambien la justicia satisfecha y vengada cabalmente con la penitencia que este Salvador empieza á hacer por nosotros. De tal suerte, que las palabras de David se verifican en el pesebre; es á saber, que la justicia y la misericordia se encontraron, y se unieron, p. 172.

Ved aquí la idea que debemos tener de este mysterio, declarada en aquellas bellas palabras del Apóstol: *Dios estaba en Jesu-Christo reconciliando consigo el mundo.* Es decir, Jesu-Christo estaba en el pesebre, y estaba en él humillado, pobre, y padeciendo; y Dios estaba en Jesu-Christo aceptando sus humillaciones, su pobreza, sus trabajos, en satisfaccion de todos los delitos que la soberbia, la codicia, el amor de los deleytes y de nosotros mismos nos hicieron cometer. Porque ¿cómo pudiera Dios, pregunta San Bernardo, no ablandarse con la penitencia de este Hijo querido, y Dios como él? ¿Y cómo estando satisfecho con la penitencia de un Dios pudiera desechar la nuestra? p. 173.

*Digo la nuestra:* porque con la penitencia de Jesu-Christo nuestro Salvador es necesaria la nuestra tambien para acabar el negocio de nuestra salvacion. Es necesaria de nuestra parte una penitencia semejante á la de Jesu-Christo, y por consiguiente una penitencia sólida, eficaz, y severa como la de Jesu-Christo, p. 175.

Si vuestra penitencia es así, consolaos, porque estais en paz con Dios: pero si ha sido hasta aquí una penitencia defectuosa, enmendad sus abusos, y convertios de buena fé, p. 176.

*2.ª Parte.* La paz con nosotros mismos. Jesu-Christo en su nacimiento nos enseña el secreto de mantener esta paz con nosotros. Nosotros ignorábamos este secreto, y bus-



buscábamos la paz donde no estaba, esto es, en la grandeza y en la opulencia; pero Jesu-Christo que es *el camino, lo verdad, y la vida*, nos descubre en este santo día las dos causas de la verdadera paz; quiero decir, 1. La humildad de corazon, 2. La pobreza de corazon, p. 177.

1. En este mysterio un Dios hombre nos predica al descubierto la humildad; y de la humildad depende no solamente nuestra santidad, sino nuestra felicidad en la vida. Porque ¿no es nuestra ambicion y nuestra soberbia la que nos hace perder tantas veces la paz del corazon? De ahí nacen las inquietudes, las melancolías, las tristezas, los enfados, las desesperaciones. Reconozcámoslo de buena fé. Ved ahí, hombres del siglo, lo que os inquieta, p. 178.

En habiendo renunciado esta pasion tendreis paz; porque estando sujetos á Dios, estaréis contentos con vuestra suerte, y no formaréis estas idéas que os inquietan, y no os dexan un día de sosiego, p. 181.

Aprended, pues, de mí, dice Jesu-Christo, y aprended á ser como yo, y *ballareis la quietud de vuestras almas*. Y no penseis que esta humildad de corazon es flaqueza: porque ella fue el poder de los fuertes, y la fortaleza de un Dios que se vistió de nuestra carne para darnos un modelo sensible de ella, p. 182.

2. Otra causa de nuestras guerras interiores es la afición á los bienes de la tierra. ¿Qué cuidados para adquirirlos! ¿Qué fatigas para conservarlos! ¿Qué miedos al menor riesgo de perderlos! ¿Qué pesares despues de perdidos! El remedio es el despego Evangélico. Un Christiano pobre de espíritu goza contiinuamente de un reposo inalterable, y á se halle con necesidad, y á con abundancia; porque no ha puesto su confianza en las riquezas perecederas; y se conforma del todo con la voluntad de Dios, p. 183. Esto tambien viene á enseñaros vuestro Salvador: esto os predicán el establo, el pesebre, las mantillas de este Niño Dios. No empieza solo enseñando, sino persuadiendo esto al mundo. Unos pobres pastores parten de su presencia llenos de gozo: los ricos, que son los Magos, vien-

-en

nen á poner sus tesoros á sus pies, y á tener por suerte y por gusto el renunciarlos, p. 184.

Pesebre adorable de mi Salvador, tú me haces gustar de la pobreza que he escogido: y Vos, Dios mio, confundidme, si jamás este sentimiento faltáre de mi corazon, p. 185.

3. Parte. La paz con el próximo. El Apostol exórtando á los Romanos á la paz, les decia: *Si puede ser, y en quanto depende de vosotros, conservad la paz con todos los hombres*. Todas las palabras son dignas de reparo. *Si puede ser*: La imposibilidad es lo único que puede disculparnos delante de Dios en ese punto. *En quanto depende de vosotros*: De suerte que podámos asegurarnos, que no ha quedado por nosotros, ni por nuestras diligencias. *Con todos los hombres*, sin exceptuar uno solo, ni aún aquellos que mas contrarios nos son; porque muchas veces son los mas intratables y molestos con los que debemos tener trato mas estrecho, ibi.

¿Y cuál es el principio de esta paz? Una santa conformidad con Jesu-Christo recién nacido: 1. porque es un Dios que por nosotros se despoja de todos sus intereses. 2. Es un Dios que nos previene (segun el language del Profeta) con todas las bendiciones de dulzura. Dos medios para mantener una paz eterna con nuestros hermanos, desinterés, y dulzura, p. 187.

1. Es un Dios que por nuestro amor se despoja de todos sus intereses; de Señor, se hace obediente; de grande, pequeño; de rico, pobre: y este desinterés es el mas necesario, y el medio mas seguro para conciliar los corazones. Medio necesario, porque pretender vivir en paz con el próximo estando avasallado del interés, es lisonjearse con una esperanza chymérica: pero tambien medio seguro; quitad el interés, y no habrá disensiones, ni contiendas, ni pleytos: la paz reynará universalmente. Si esto ha de tener esa costa, hagámosle este sacrificio á Jesu-Christo. Con razon lo merece. Hagámosle á la caridad; por ahí comparémos la paz, y la paz que tendreis con este pariente, este hermano, este vecino, este concurrente, os estará me-

Tom. I. Adviento.

Ece

jor







mo infiere San Agustín, que hay tambien verdadera santidad, pues la santidad fingida es imitacion de la verdadera: y de las virtudes verdaderas, con el abuso que de ellas se hace, salen las falsas, queriendo disfrazarse con capa de virtud. Esta santidad verdadera es rara: yo lo sé; pero aunque no hubiera en el mundo mas que un Santo verdadero, su exemplo bastaba para la condenacion del licencioso. Pues por divina providencia hay siempre alguno de este carácter, sin que el mundano mismo se atreva á poner en duda, ni á negar la santidad, p. 203.

Pero no hemos llegado á ese extremo, y por un Justo cuyo exemplo nos bastará, Dios nos descubre hoy una muchedumbre innumerable de ellos. Estos son los Santos glorificados en el Cielo: aquellos hombres en los quales obró tantas maravillas la gracia, les inspiró tan grandes sentimientos, y les hizo executar acciones tan grandes. Exemplos memorables, exemplos convincentes, p. 205.

2. El licencioso por lo menos intenta desacreditar la santidad, atribuyéndola defectos imaginados; pero si los Santos tienen defectos, no deben imputarse á la santidad; pues no es por eso por lo que fueron santos. Además, que no es razon pedir á la virtud verdadera, que haga de una vez á todos los hombres perfectos. Pudiera para confusion del impio contentarme con eso; pero la Iglesia pasa adelante. Le hace ver en este glorioso escuadrón de Santos que veneramos, unos hombres verdaderamente tan irreprehensibles como el mundo los quiere. Sus siglos los reconocieron por tales quales nos los pintan. Los siglos siguientes los canonizaron, y por la confesion de todo el mundo les tributamos un culto tan solemne, p. 207.

2. Parte. Ignorancia sin excusa, supuesto el exemplo de los Santos. Suele uno dexarse prevenir de los errores mas crasos en lo que toca á la santidad; pero el exemplo de los Santos los confunde todos, y hace nuestra ignorancia inexcusable: ¿por qué? Por que el exemplo de los Santos nos hace conocer en lo que consiste la verdadera santidad, y nos enseña que toda ella se encierra en las obligaciones de nuestro estado. Santidad racional, que se hace

estimar por sí misma, y no puedo yo mirarla sin decirme á mí mismo: *esto es lo que yo debo ser*, y sin sentirme inclinado á serlo, p. 209.

No, los Santos no llegaron á serlo precisamente por las obras ruidosas y particulares: no era eso lo esencial de la santidad. Porque lo 1. sin eso podian ser Santos: lo 2. con eso podian no serlo. Podian ser Santos sin eso: ¿quántos predestinados hay que nunca hicieron cosa que les adquiriese la admiracion? Y podian con eso no ser Santos: ¿quántos réprobos hicieron en el mundo acciones que aplaudieron los hombres al mismo tiempo que Dios los condenaba? No se halla en el Evangelio un solo milagro de la Madre de Dios ni del Bautista; y al contrario habla el Evangelio de los milagros que hacian los falsos Profetas, p. 211.

¿Pues por dónde se hicieron Santos? 1. Fueron Santos, porque cumplieron con las obligaciones de su estado. 2. Y cumplieron con ellas, porque fueron Santos, y supieron concordar su estado con su Religión: porque segun su condicion dieron á cada uno lo que le tocaba: porque dieron con su proceder estimacion á su ministerio: porque en todas las cosas tuvieron en mas la conciencia que los intereses humanos; y porque sujetándose á Dios, se contuvieron en el orden en que Dios los queria. Añadamos, que por haber sido Santos cumplieron con todas sus obligaciones; porque sola la santidad podia ser disposicion general y eficaz para cumplir con todas sus obligaciones; si no hubieran sido Santos, se hubieran rendido en muchas ocasiones, pero la santidad los tuvo firmes, p. 213.

¿Por qué está San Luis en el número de los que invocamos? Porque cumplió con todas las obligaciones de Rey. ¿Y por qué cumplió con todas las obligaciones de Rey? Porque era un Rey Santo. Es verdad que nos cuesta esta constante fidelidad en hacer lo que debemos; porque para no faltar en nada á nuestro deber, es necesario en muchas ocasiones hacerse violencia, y renunciarse á sí mismo, p. 215.

3. Parte. Cobardia sin pretexto, supuesto el exemplo de los Santos; porque el exemplo de los Santos es una



